

# **Transferencia y las implicaciones políticas del análisis**

## **Transference and the political implications of analysis**

**Alejandro Cerda-Rueda**

**Universidad Iberoamericana (México)**

**Resumen.** La transferencia es el elemento central de la práctica psicoanalítica. A diferencia de otras modalidades terapéuticas, el psicoanálisis destaca la importancia de la transferencia para lograr hacer de una repetición algo inédito. Con esto mismo, debemos enfocarnos que en la actualidad las demandas de análisis suelen llegar acompañadas de ciertas demandas sociales y políticas. Lo que este artículo busca analizar es la importancia de la transferencia y su impacto en el orden político. Para ello, debemos entender que la intervención del psicoanalista a través de la interpretación no debe llevar a un sentido sino a la apertura del mismo, descolocando al sujeto para que éste mismo continúe asociando libremente. El objetivo del análisis no es convertir al sujeto en un agente político, sin embargo, debemos entender que el sujeto en análisis es, sobre todo, un sujeto político que pertenece a una colectividad suscrita a un orden ideológico.

**Palabras clave:** transferencia, sujeto político, interpretación, psicoanálisis, ideología

**Abstract.** Transference is the key element for psychoanalytic practice. Different from other therapeutic modalities, psychoanalysis displays the importance of transference in order to achieve making a repetition into something unedited. With this in mind, we should focus that the present demands for analysis tend to be accompanied by social and political demands as well. What this article seeks to analyze is the importance of transference and its impact in the political sphere. In order to accomplish this, we should understand that the intervention that the psychoanalyst makes through interpretation should not be directed towards a meaning but adjacent to the opening of such meaning, dislocating the subject in order to favor free association. The objective of analysis is not to transform the subject into a political agent, however, we should understand that the subject in analysis is, above all, a political subject that belongs to a collectivity subscribed under an ideological sphere.

**Keywords:** transference, political subject, interpretation, psychoanalysis, ideology

### ***¿Qué es la transferencia?***

**D**urante su conferencia en la European Graduate School, Michael Hardt, mientras discutía los problemas del amor y el capital, se planteó la siguiente pregunta: ¿acaso el psicoanálisis puede proponer una definición del amor que no surja del complejo de Edipo? En otras palabras: ¿acaso el amor tiene que limitarse necesariamente a los límites de las relaciones endogámicas? En cierto sentido, podríamos afirmar que este es el propósito del análisis: establecer mediante la repetición un modo diferente de relación (social). Si el amor es lo que se actualiza en el análisis a través de la repetición sobre la figura del psicoanalista, ¿cuál es entonces el propósito del amor de transferencia, si no es cambiar el deseo incestuoso hacia una diseminación exogámica dentro de la esfera pública? Sin embargo, tal cambio no necesariamente ocurre por defecto.

Antes de continuar, debemos situar una lectura importante de Eva Illouz (2007) sobre las múltiples manifestaciones de las modalidades psicoterapéuticas que se han extendido por todo el mundo durante el siglo pasado. Según Illouz, 1909, marcado por la monumental llegada de Freud a Estados Unidos para dar sus conferencias en la Clark University, en Worcester, Massachusetts, fue un punto crucial en el comienzo de la maquinaria terapéutica. Más allá del momento primordial que Freud compartió con Jung al llegar al puerto de Nueva York en el *George Washington*, donde comentó pomposamente “Ellos [los estadounidenses] no se dan cuenta de que les estamos trayendo la peste”, Illouz señala hacia una dirección diferente. Incluso cuando el propio Freud pensó que el psicoanálisis era una nueva plaga lista para invadir las mentes estadounidenses, no se dio cuenta de que antes de que él y su séquito llegaran a Estados Unidos, ya había una plataforma, antes del psicoanálisis, que necesitaba precisamente de una nueva maquinaria terapéutica acorde al crecimiento económico que experimentaba el país. Aquí es donde el análisis de Illouz establece el momento en que el psicoanálisis fue recibido como práctica terapéutica mientras surgía la aparición de un nuevo estilo de vida emocional, desde varios tipos de terapias hasta departamentos de recursos humanos y estrategias de mercadotecnia que se enfocaron en los aspectos psicológicos de las personas para anunciar y vender sus productos. Para disgusto de Freud al acreditar al psicoanálisis el término de “plaga”, debemos aventurarnos a decir que dicha “plaga” ya estaba operando antes de la llegada de Freud a Estados Unidos. En otras palabras, si bien el psicoanálisis no fue la plaga que infectó a la población estadounidense, fue la llamarada que encendió una nueva forma de emprendimiento capitalista dentro del campo de la salud mental y el bienestar. Freud no trajo la plaga a Estados Unidos, el

sistema que cosechó las bases para el capitalismo desenfrenado simplemente estaba esperando alimentarse de un nuevo discurso para desfigurarlo más tarde, teniendo su clímax en Estados Unidos durante el auge psicoanalítico de la década de 1950, que resultó en ser una caricatura de sí mismo. Por eso muchos dicen que Freud murió en Estados Unidos, no en Londres. Sin embargo, ¿acaso existe una relación entre este modo de enfoque terapéutico y el objetivo del psicoanálisis? Incluso cuando la práctica psicoanalítica se ajusta a ciertas modalidades institucionales y sociales, la posición del sujeto en el diván nunca deberá situarse de acuerdo a las normas sociales, la adaptación, la normalidad y la domesticación de las pulsiones. Si tal esfuerzo es, de hecho, seguido por los psicoanalistas, entonces esta figura fácilmente se transformaría en un agente de ideología, esto es, un discípulo del Estado, incluso hasta ser señalados de participar como técnicos del mismo. Entonces, ¿qué diferencia la práctica psicoanalítica de una praxis ideológica o de un modo de producción? Aquí es donde debemos afirmar que en la medida en que hemos estado contemplando la idea del sujeto del inconsciente como un resto de una superestructura fallida en distinción con el sujeto de la ideología, la práctica psicoanalítica también debe transitar las mismas premisas al distinguir entre un psicoanalista del inconsciente, uno que afirma la división del sujeto a través del lenguaje, y un psicoanalista de la ideología, uno que promueve en las mentes de las personas mandatos ilusorios como la “felicidad”, la autorrealización personal y la singularidad del individuo sin cuidado a la colectividad. Por lo tanto, preguntamos: ¿cuál es, entonces, el valor de la transferencia?

Según Postone (2003), la cuestión del valor de uso es fundamental para Marx, así como también la comprensión de los modos de producción para articular un valor de cambio. ¿Cuál es el valor de uso que tiene la transferencia en el mercado hoy en día? Recordemos que en 1921 Freud fue claro al distinguir la diferencia entre transferencia e hipnosis. Tal diferencia no debe ser minimizada.

Veamos: El concepto de transferencia llegó a Freud por equívoco. Durante el análisis de Dora con Freud en 1901, después de una intervención errónea, su paciente finalmente decidió terminar su relación analítica. Sin embargo, cuando ella comunicó su decisión a Freud, él reaccionó en un asunto un tanto autoritario y racional que parecía poco común. Su primer gesto después de recibir tales noticias fue divagar continuamente sobre dilemas teóricos e interpretaciones disparejas, forzando explicaciones innecesarias sobre temas como la venganza, la demanda de su padre, las lesiones auto-infligidas y el amor. Sin embargo, ¿qué sucedió ese día en Berggasse 19 que sacudió a Freud como el psicoanalista de Dora?

En el epílogo del caso Dora, Freud definió las transferencias, en plural, de la siguiente manera:

¿Qué son las transferencias? Son reediciones, recreaciones de las mociones y fantasías que a medida que el análisis avanza no pueden menos que despertarse y hacerse conscientes; pero lo característico de todo el género es la sustitución de una persona anterior por la persona del médico. Para decirlo de otro modo: toda una serie de vivencias psíquicas anteriores no es revivida como algo pasado, sino como vínculo actual con la persona del médico (Freud, 1905e/1986, 101).

Si concluimos que las transferencias son la sustitución de una persona, de la historia personal (“persona anterior”), por otra persona más reciente, por ejemplo, el psicoanalista, entonces estaríamos equivocados en nuestra suposición. Como hemos visto, las transferencias son una cuestión de repetición. Es por eso que, según Freud, las transferencias eran el vehículo más favorable para un tratamiento exitoso y, sin embargo, al mismo tiempo, eran las resistencias más terribles de todas. Cuando Freud mencionó que las transferencias necesitaban ser “explicadas”, seguimos siendo cautelosos con respecto a los logros terapéuticos que estas “explicaciones” podrían conducir. Es muy común que ciertos enfoques psicoanalíticos “expliquen” las mociones inconscientes y los traduzcan en pensamientos conscientes (verbales y/o racionales). En otras palabras, parece que muchos psicoanalistas creen que “explicar” las transferencias en el análisis implica transformar lo imaginario en simbólico como un medio de “educar” o lograr un mayor nivel de comprensión inconsciente. En la medida en que este enfoque es más que repudiado por el psicoanálisis freudiano, nos aventuramos a deducir que tal explicación de las transferencias, tanto como obstáculo y aliado, permanece implícitamente dentro del ámbito de la repetición. Dado que la transferencia surge de la repetición, un motor importante para esta resistencia obstinada en el análisis es promoverla, esperar que surjan mociones amorosas, odiosas, seductoras y destructivas hacia el psicoanalista o el encuadre o el análisis durante las sesiones. La transferencia puede desarrollarse principalmente debido a la repetición.

Posteriormente, en sus trabajos sobre técnica, especialmente al abordar el problema de la transferencia, Freud describió la presencia de tres tipos de transferencias: transferencia positiva (amor), transferencia negativa (odio) y transferencia erótica. Claramente, no es que existan tres diferentes tipos de transferencias involucradas, ya que todas provienen de la misma fuente, la transferencia misma, o más genuinamente, como afirmó Lacan, el amor de transferencia. Sin embargo, en su artículo “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia”, Freud es muy consciente de las implicaciones que los deseos amorosos del paciente hacia la figura del psicoanalista tienen para el resultado del tratamiento. Si bien se espera que el analizante “se enamore” (*fall in love*) (“caiga en transferencia” [*fall in transference*], tal vez) del psicoanalista no como persona, sino debido al supuesto saber de éste, no debe detenerse ese

surgimiento de las mociones inconcientes. Freud escribe: “Exhortar a la paciente, tan pronto como ella ha confesado su transferencia de amor, a sofocar lo pulsional, a la renuncia y a la sublimación, no sería para mí un obrar analítico, sino un obrar sin sentido. Sería lo mismo que hacer subir un espíritu del mundo subterráneo, con ingeniosos conjuros, para enviarlo de nuevo ahí abajo sin preguntarle nada” (Freud, 1915a/1986, 167). De hecho, los psicoanalistas deben mirar las cosas desde una perspectiva diferente. No debemos cumplir con tal demanda pero, al mismo tiempo, debemos ser conscientes de que somos el agente provocador que promueve este comportamiento. De ahora en adelante, la demanda del analizante no se satisface con el propósito de que sea su deseo el que ahora opere durante el tratamiento. Entonces, ¿cuál es exactamente la demanda del análisis?

Por lo general, el individuo que exige análisis, aunque espera “resucitar” de sus dolorosas cicatrices emocionales, de hecho exige algo más, algo más que amor. Él/ella están exigiendo un cambio, tanto libidinal así como dentro de una cierta dimensión política. Pero recordemos que luego del “mes de luna de miel” tras un inicio favorecedor del tratamiento, lo que encontramos es que en el fondo la persona no desea cambiar.

Cualquier posibilidad de promover un cambio va acompañada de una resistencia o, como hemos visto, una transferencia. Sin embargo, ya no podemos tener en cuenta que una demanda de análisis se base exclusivamente, según Lacan, como una demanda de amor. Dentro de nuestro mundo contemporáneo, una demanda de análisis ya no puede definirse como solo esto, sino que también puede entenderse como una verdadera demanda política donde un sujeto subversivo, un sujeto político después de todo, intenta una posición diferente con respecto a su deseo y el Otro. En resumen: el individuo exige análisis porque desconfía de su posición subjetiva al quererla conservar a toda costa.

### ***Las implicaciones políticas del análisis***

Este cambio en la práctica psicoanalítica es lo que me gustaría llamar el giro del teatro de la histeria a la subversión política del sujeto, o más precisamente, para arrebatar un término comúnmente usado por Alenka Zupančič (2012): la transición de la tragedia a la comedia (y no lo olvidemos, la comedia debe tomarse en serio). Según Lacan (1964/1987), el deseo manifestaba varios problemas. Por ejemplo, aunque comúnmente se le atribuye las cualidades de ser subversivo, el deseo no conoce límites, enciende y perturba la homeostasis libidinal que opera en el aparato psíquico. (Aquí me gustaría recordar la distinción fundamental que hace Freud en *Proyecto de psicología* entre el principio de inercia neuronal y el principio de constancia.) Sin embargo, como lo demuestra la transferencia, el deseo también es un obstáculo, una defensa contra el cumplimiento del propio deseo, o la manera en que cada individuo goza (aunque sea

displacentero). Preguntamos: ¿cómo goza cada individuo exactamente su servidumbre voluntaria? En otras palabras, antes del tratamiento psicoanalítico, el sujeto es impulsado por una dimensión imaginaria a través de la repetición. Curiosamente, esto es precisamente lo que esperamos que ocurra durante el tratamiento psicoanalítico: que el sujeto manifieste su deseo como una modalidad defensiva de sus pulsiones. Si el psicoanalista no es consciente de esta dimensión en el análisis, el deseo no será necesariamente subversivo sino, en efecto, será el principal promotor para sostener el lugar de la lesión o espectáculo imaginario del sujeto. En resumen, es como si el sujeto dijera: no me permitas disfrutar de mi propio síntoma. Entonces, ¿qué está en juego en el discurso de Dora durante esa última sesión y durante todo su análisis con Freud? Creo que el mayor descubrimiento de Dora durante su análisis no fue la base de la transferencia como tal, ya que esto era algo en lo que Freud reflexionó después de su despido, sino su verdadero deseo de asumir una posición diferente frente al Otro. En otras palabras, cada tratamiento psicoanalítico tiene implicaciones políticas para el sujeto, especialmente cuando se trata de las etapas iniciales y finales de análisis.

Aunque corremos el riesgo de que el uso de la palabra “político” pueda minimizarse atribuyendo algo del orden político a un tratamiento psicoanalítico que no esté alineado con éste, debemos conocer este problema como las implicaciones o efectos que la experiencia psicoanalítica tiene para el sujeto. En otras palabras, la subjetividad es, sobre todo, en todas sus proporciones, un proceso político. Al afirmar esto, no estoy tratando de realizar una teoría política del psicoanálisis ni combinar la política (actual) con el tratamiento psicoanalítico. Por el contrario, estas dimensiones políticas requieren nuestra atención más cuidadosa, ya que es a través de esta decisión que el sujeto manifiesta un deseo más allá de la resistencia, tanto política como psíquica. La pregunta central no es cómo el sujeto ingresa al análisis, sino, por el contrario, cómo sale de éste. Entonces, ¿cómo entendemos este acto?

Si seguimos el análisis de Freud sobre la psicología grupal, un texto escrito como un relato de los efectos posteriores a la Primera Guerra Mundial, éste nos sorprende con un triple edificio político descrito en los siguientes términos: grupos artificiales, identificación y transferencia. Son sus dos primeros ejemplos de grupos artificiales, la Iglesia y el ejército, los que parecen problemáticos. Invariablemente a la construcción de estos dos grupos, no podemos dejar de admitir que el intento de Freud de plantear una psicología grupal se basa en un aparato ideológico del Estado, que Althusser confirmó más tarde. Si bien ambos grupos ejercen una estructura de poder piramidal en relación con un jefe de Estado, ya sea el Papa en la Iglesia o un Comandante en el ejército, Freud también está interesado en la investidura libidinal a la que se ajustan sus seguidores. En resumen, podríamos definir esto como la manera en que cada individuo goza su síntoma.

Las dificultades que surgen al enfrentar las implicaciones de cada dimensión política a través de los esfuerzos individuales es que estos intentos nunca son exclusivamente individuales ni siguen siendo apolíticos, ya que siempre tienen una investidura libidinal e identificación con otros miembros de la comunidad, familia o grupo. Creo que este es uno de los principales desafíos del psicoanálisis: ¿cómo dimensionar la singularidad del síntoma en una prueba colectiva? Freud dice: “[...] por eso, desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social [...]” (Freud, 1921c/1986, 67). Esto significa que cada acción individual se refiere a un entrelazamiento con la comunidad. Según Freud, cada compromiso político se ve facilitado por la ligadura pulsional, especialmente cuando un grupo se conforma a través de los medios de la identificación. Sin embargo, debemos ser conscientes de que este rasgo, que es el epicentro que une a los miembros del grupo entre sí y en relación con el líder, se libidiniza mediante el uso del apuntalamiento narcisista. En otras palabras, los lazos que unen al grupo tienen una cualidad específica que pertenece al narcisismo mismo. En cierto modo, es como si los miembros de un grupo específico pudieran decirse unos a otros: “nos identificamos tanto porque nos parecemos, pensamos igual, ¿no hay diferencias entre nosotros!”. Esto no es más que la conservación de la mismidad, excluyendo a todos los demás que representan la diferencia, ya sea racial, social, de clase o sexual. Sin embargo, la identificación, definida en este asunto y en sus inicios, es verdaderamente narcisista. En cierta manera, aquí es donde la pregunta de Hardt se sitúa únicamente, ya que no puede ir más allá para comprender nuevos posibles destinos, esto es, más allá de las relaciones narcisistas y endogámicas colocadas en la socialización del individuo. (Esto nos coloca a la par con la respuesta que ofrece Mladen Dolar (2017) cuando pregunta, “¿Qué hay más allá de la interpelación?”, a lo que responde: el amor, el amor de transferencia.) Por lo tanto, anunciamos que al plantear la implicación política del tratamiento psicoanalítico como un mero apego a la comunidad podría llevar nuestros argumentos en la dirección equivocada, ya que la historia ha demostrado proyectos terribles que promueven este ideal de exclusión en todos los sentidos. De ahora en adelante preguntamos, ¿cómo se involucra el tratamiento psicoanalítico para no promover el apego de la imagen narcisista del individuo a su comunidad como una mera imagen autorreflexiva del Uno?

Cuando Freud describió la investidura de los objetos sexuales involucrada en la edificación de una comunidad, también se enfrentó a la idea de tal proceso de identificación como ambivalente. Esto significa que incluso cuando los miembros de una comunidad se ven impulsados hacia el establecimiento de un vínculo social a través de la investidura de la identificación narcisista, también es importante tener en cuenta que dicho proceso nunca se completa. Tanto los impulsos amorosos como los destructivos siempre funcionan durante el esfuerzo del individuo para

volverse a unir con su comunidad. Freud sabía que había una diferencia sustancial entre identificación e idealización, en la cual la primera enriquecía el yo del individuo mientras que la segunda lo empobrecía. Sin embargo, lo que está en juego durante el apego narcisista del individuo a la comunidad es la falta de diferencia más allá de la identificación, la cual es una de las intervenciones (políticas) más valiosas del tratamiento psicoanalítico. ¿Acaso es posible pensar en una comunidad a través de los enlaces que sus miembros establecen más allá de las limitaciones del narcisismo?

Al exponer las dimensiones políticas del tratamiento psicoanalítico debemos ser conscientes de que el poder, como en todos los aspectos relacionados con lo político, es algo que puede impregnar la función adecuada de la práctica psicoanalítica. El discurso del amo es una clara figura de tal derrota. Por lo tanto, los psicoanalistas deben permanecer ajenos a la técnica del Estado pero nunca a su ley. Además, debemos ser conscientes de que las transferencias no son relaciones de poder que muestran la sumisión del sujeto al deseo del Otro, por el contrario, son la verdadera subversión del sujeto al deseo del Otro. En adelante, las implicaciones políticas del tratamiento psicoanalítico serán diversas, desde la interpretación hasta el acto psicoanalítico. Por lo tanto, lo que es político sobre el tratamiento psicoanalítico no es el apego o desapego que un individuo tiene con su comunidad y su reubicación intencional, sino la relación que se establece a través de la transferencia entre el psicoanalista y el analizante. Según Dolar (2017), siguiendo a Freud, esto se entiende mejor como la “masa de dos”. Entonces, ¿qué está en juego? Podríamos decir: una posible cura sin los engaños de la identificación.

Pasando a un texto de Kristeva (1986) titulado “Psicoanálisis y la polis”, llegamos a descubrir la importancia que tiene la interpretación para este tema. Si bien Kristeva distingue entre una interpretación política y una psicoanalítica, otorgando un significado unívoco a la primera y la ausencia de significado a la segunda, nos vemos obligados a considerar la importancia de la “acción” en ambas intervenciones. *Deutung* es *praxis*. Kristeva está consciente de que el psicoanálisis se desvía considerablemente de la interpretación política, ya que disuelve todas las formas de dimensiones, fantasías y creencias ilusorias. Ella dice: “La intervención psicoanalítica es, desde este punto de vista, un contrapeso, un antídoto, al discurso político que, sin él, es libre de convertirse en nuestra religión moderna: la explicación final” (Kristeva, 1986, 305). Sin embargo, ¿cómo puede la interpretación psicoanalítica alcanzar su dimensión política sin convertirse en una religión? Para Kristeva, la interpretación psicoanalítica es una forma de hacer conexiones o enlaces para abrir el campo de la subjetividad, en el sentido de que el sujeto es el productor de la interpretación misma. En adelante, el psicoanálisis será mejor entendido como una anti-hermenéutica, como lo proponía Laplanche (2001). Esta es la razón por la cual este tipo de interpretación

permanece sin un sentido rotundo, lo que no implica que se convierta en un sinsentido, sino en un sentido subjetivo que se articula durante el tratamiento. Si el avance teórico del psicoanálisis es subrayar la destitución subjetiva del sujeto como sujeto del habla, entonces la asociación libre puede plantear una respuesta diferente a las dimensiones políticas ejercidas en el tratamiento. El valor político de la asociación libre como respuesta al valor de uso del análisis es que existe la apertura dentro de un tiempo para que se produzca la interpretación. En otras palabras, la asociación libre no promueve la libertad en sí misma, sino la oportunidad para el analizante de ocupar el lugar del intérprete. Kristeva dice: “Como resultado, se produce una ficción, un discurso no centralizado, una politopía subjetiva, cancelando el estado metalingüístico del discurso que actualmente gobierna el destino pos-analítico de la interpretación” (Kristeva, 1986, 306).

En conclusión, el propósito del tratamiento psicoanalítico es que el individuo realice un discurso diferente de acuerdo con su postura subjetiva frente al Otro: una verdadera destitución subjetiva. Sin embargo, el psicoanalista también debe detenerse en algo más: su propia declinación, o la disolución de la transferencia. Es por eso que para que la práctica psicoanalítica logre un espacio de subjetividad para el sujeto, el psicoanalista debe enfrentar su propia caída, debe permitir que el sujeto ocupe el lugar del intérprete. En otras palabras, la figura del psicoanalista debe ser desfigurada a su debido tiempo. En resumen, el psicoanalista debe trabajar para su propio desempleo.

Por último, según Freud, la vida en sí misma era una patología, no podía ser neutralizada ni desexualizada. Quizás lo mejor que puede suceder en el tratamiento psicoanalítico es que, de hecho, no suceda nada, una nada que cuenta, lo que permite que una entidad vacía signifique al resto. Es por eso que, en términos de Freud, cuando la demanda se satisface o se actúa en el análisis, el deseo se extingue. En otras palabras, cada vez que se satisface la demanda del analizante y no se conecta con la naturaleza política de la transferencia, por lo general “la masa de dos” se convierte en una. ¿Acaso puede el psicoanálisis crear un mundo mejor? Seguramente no. Debemos ser conscientes de que el psicoanálisis no enseña nada nuevo. De ahora en adelante, al no cumplir con la demanda del analizante, al promover el deseo e incitar al sujeto a hablar todo lo que se le ocurra, el psicoanalista está permitiendo una medida drástica para el cambio: estamos contemplando el riesgo que está en juego cada vez que se nos concede el derecho para hablar libremente. Sin duda un derecho que debemos proteger a toda costa.

**Referencias**

- Dolar, M. (2017). *Uno se divide en dos*. México: Paradiso editores.
- Freud, S. (1905e/1986). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En: *Obras completas*. Tomo 7. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915a/1986). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En: *Obras completas*. Tomo 12. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1921c/1986). Psicología de las masas y análisis del yo. En: *Obras completas*. Tomo 18. Buenos Aires: Amorrortu.
- Illouz, E. (2007). *Intimididades congeladas*. Buenos Aires: Katz.
- Kristeva, J. (1986). Psychanalysis and the Polis. En: T. Moi (ed.) *The Kristeva Reader* (pp. 301-320). Oxford: Basil Blackwell.
- Lacan, J. (1964/1987). *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. (2001). *Entre seducción e inspiración: el hombre*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Postone, M. (2003). *Time, Labor, and Social Domination*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Zupančič, A. (2012). *Sobre la comedia*. México: Paradiso editores.

---

Fecha de recepción: 22 de marzo de 2020

Fecha de aceptación: 15 de diciembre de 2020